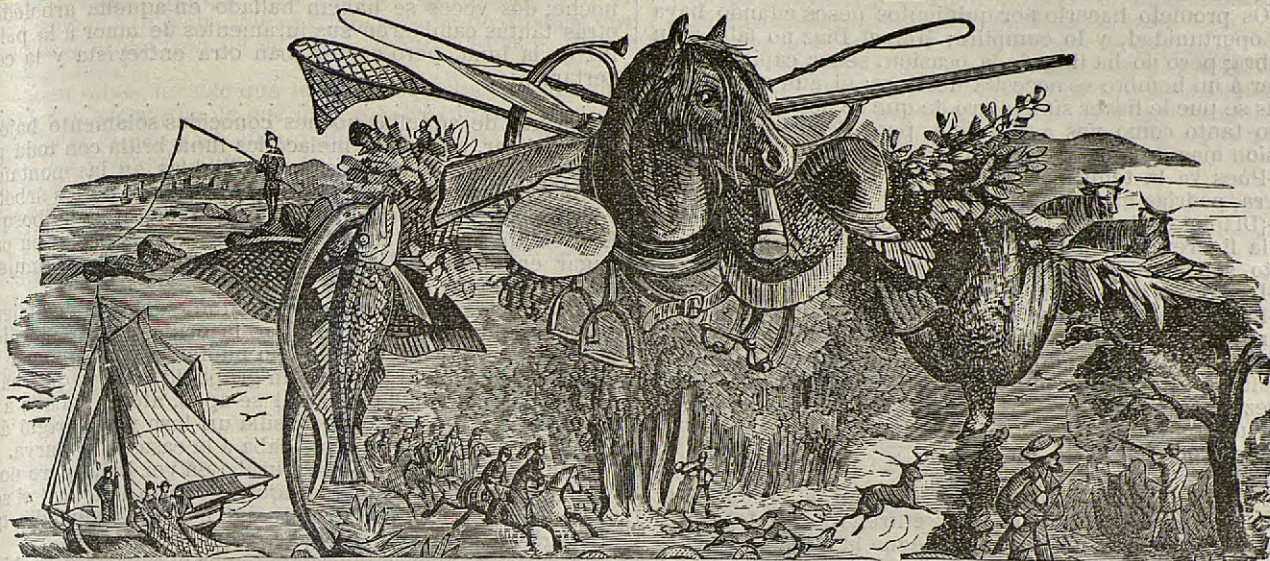


REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA.



MAURICIO EL CAZADOR, ó los cazadores de caballos.

Extracto de la obra de Mayne-Reid.

(Continuacion.)

XXVIII.

Dos semanas despues de la cacería de caballos, cuando Poindexter iba á sentarse á la mesa para almorzar, juntamente con sus hijos y su sobrino Cásio Calhoun, recibió una carta del Mayor, comandante del fuerte.

—¡Grandes noticias! exclamó, despues de leer apresuradamente la nota, y por cierto no muy agradables. Supongo que no se podrá dudar de ellas cuando el Mayor les dá crédito.

—¿Malas noticias, papá? dice Luisa ruborizándose ligeramente.

—¿Qué puede decirle el Mayor? piensa entre sí la criolla, ¿será que ayer me encontré en el chaparral en compañía de... Si papá lo supiera...

—Los Comanches han empezado la guerra; así lo dice el Mayor.

Luisa respiró. Calhoun siguió la conversacion.

—¿Estará seguro el Mayor de que vienen los indios? ¿Qué dice, tío?

—Que hace dias circulaban rumores sin confirmarse; pero que ahora ha llegado el *Gato salvaje* con algunos de sus guerreros al fuerte, para dar la noticia de que en los campamentos de los Comanches, hace un mes que los indigenas bailan la danza guerrera, y en todo el territorio de Tejas se vé el poste pintado, habiendo salido ya varias partidas á merodear.

—¿Y qué hay del *Gato salvaje*? pregunta Luisa, en quien este nombre evoca un recuerdo desagradable. ¿Se puede confiar en ese renegado que parece tan enemigo de los blancos como de los de su propia raza?

—Muy cierto, hija mia, has descrito al jefe de los Seminolas en los mismos términos que lo hace el Mayor, cuando nos aconseja que desconfiemos de ese tunante de dos caras que se pasará á los Comanches cuando le convenga.

Pero en fin, continúa el plantador dejando la carta para tomar el café, con fo en que los Pieles-Rojas, lo mismo que los Seminolas y los Comanches, no se acercarán á la casa de la Curva.

Antes de que nadie pueda contestar, asoma por la puerta del comedor la cabeza del negro Pluton, lo cual hace que la conversacion tome otro rumbo.

—¿Qué quieres, Pluton? preguntó el plantador.

—Nada; nego decir á señorita Luisa que pinta estar ensillada y muy impaciente por salir á la pradera.

—¿Piensas salir á caballo? pregunta Poindexter frunciendo el ceño.

—Sí, papá; esa era mi intencion.

—Pues no debes hacerlo.

—¿Cómo!

—No debes salir *sola*. Tengo mis razones.

—¿Cuáles?

—¿Qué otras quieres que tenga, mas que lo que me dice el Mayor en su carta? Acuérdate que no estás en Luisiana y

que en Tejas una señorita debe temerlo todo, hasta un peligro de muerte. Por aquí andan los indios.

—Mis excursiones, replica Luisa, no pueden infundirme temor de los indigenas; nunca me alejo mas de cinco millas.

—¡Cinco millas! esclama Calhoun con sardónica sonrisa; tan segura estariás á cincuenta, prima mia; lo mismo podeis encontrar á los Pieles-Rojas á cien pasos como á cien millas. Opino como mi tío; es una locura salir sola.

—¡Vos lo decís! replica con acritud la criolla, volviéndose desdeñosamente hácia su primo. ¿De qué me serviría vuestra compañía si encontrásemos á los Comanches, peligro que yo no temo? El peligro sería para vos y no para mí; yo me alejaría muy pronto y os dejaría que salieseis del apuro como pudieseis. ¡Peligro á cinco millas de casa! Si hay un gineten en Tejas, incluso los indios, que en ese espacio pueda alcanzar á Luna, debe montar un caballo muy ligero, y no sois vos quien le tiene, primo Cásio!

—¡Silencio! esclama Poindexter. Si no hubiese indios que temer, hay otros hombres no menos peligrosos. He prohibido las salidas y basta.

—Hágase como gustéis, papá, replica Luisa saliendo del comedor con aire resignado. Obedeceré sin replicar aunque pierda la salud por falta de ejercicio. Vé, Pluton, añade dirigiéndose al negro, vuelve la yegua á la cuadra ó llévala al pasto, si quieres; ya puede volver á sus praderas natales, pues aquí no se la necesita ya.

Así diciendo, la criolla sale del comedor dejando á los tres hombres que reflexionen sobre la ironía que sus palabras encierran. Mientras se dirigia á su cuarto, murmura:

—¿Qué puede saber papá? ¿Serán sospechas? ¿Sabe que nos hemos visto? ¿Quién se lo habrá dicho?

XXIX.

Calhoun salió del comedor casi tan bruscamente como su prima, pero en vez de ir á su habitacion se ausentó de casa. Todavía le hacian sufrir sus heridas pero tenia bastantes fuerzas para recorrer todas las dependencias de la casa y sus alrededores.

Su excursion debia ser mas larga aquella vez. Sin duda la conversacion que acababa de tener, ó quizá el contenido de la carta recibida, le estimulaba hasta el punto de hacerle olvidar su debilidad y marchar con seguro paso avanzando por la orilla del rio en direccion á un sitio que se hallaba á medio camino del fuerte, el cual no parecía pertenecer á nadie. Allí tenia su *jacalé* Miguel Diaz entre la espesura de las acacias y de otros grandes árboles, vivienda muy apropiado para un hombre semi-salvaje como el cazador mejicano, que habia merecido el apodo de *Coyote*. Cásio tuvo la dieha de encontrarle, á pesar de que pocas veces dormia en casa, y aunque acababa de despertar de un largo sueño, todavía estaba algo anonadado de resultas de los últimos escesos de la bebida.

—¡Hola caballero! exclamó al ver á Calhoun en la puerta. No pensaba veros tan pronto. Tomad asiento.

Fatigado Calhoun por su largo paseo acepta la invitacion en una mala silla.

Poco tiempo transcurrió sin entablar su diálogo acerca del objeto de su visita.

—Señor Diaz, he venido para.....

—¡Señor americano! ¡á qué hablar en balde....! interrumpió el Cayote. Demasiado sé á qué habeis venido; necesitáis que limpie á ese maldito irlandés.

—Y bien.

—Os prometo hacerlo por quinientos pesos cuando haya una oportunidad, y lo cumpliré; Miguel Diaz no falta á su palabra; pero no ha llegado la ocasion, señor capitán. Para matar á un hombre se necesita destreza; ni aun en las praderas se puede hacer sin peligro de que se descubra. Aborrezco tanto como vos á Mauricio, pero debo esperar una ocasion mas propicia para despachar el asunto.

—Pues ya la teneis; los comanches se han declarado en guerra, podrias hacerlo fácilmente.

—¡Diablo! exclama el Cayote poniéndose en pié de un salto con la ligereza de un tigre que acaba de ver su presa; ¿es cierto, señor capitán?

—La noticia la ha dado el Mayor del fuerte.

—En ese caso, contesta el mejicano con aire pensativo, Mauricio debe morir, dos comanches pueden matarle.

—¿Estais seguro de ello?

—Mas o estaria si la piel de su cabeza valiera mil duros en vez de quinientos.

—Pues los vale.

—¿Lo prometeis?

—Sí.

—Pues entonces los comanches le desollarán, Sr. Calhoun, podeis volveros tranquilamente y entregaros al descanso, seguro de que, tan pronto como llegue la ocasion, vuestro enemigo perderá el pelo de la cabeza ¿me comprendeis?

—Perfectamente.

—Pues podeis preparar los mil duros.

—Ya están contados.

—¡Par liez los ganaré en un dos por tres. ¡Adios, adios!

—¡Diablo! exclama el bandido cuando su visitante está ya lejos, ¡Vaya una chispa! ¡Mil duros por matar al que yo pensaba despachar por mi cuenta sin recibir nada!

—¡Los comanches en guerra! ¿será cierto? Debo buscar mi disfraz que por una maldita paz descansa tres años hace. ¡Viva la guerra de los indios y la pantomima de las praderas!

XXX.

Luisa Poindexter no volvió á salir sola ni acompañada; y sin ocuparse ya de su yegua; dedicábase á sus labores y al manejo del arco. El lugar que habia elegido para ensayar sus habilidades sagitarias era el jardín y los terrenos contiguos cuyos tres lados rodeaba el rio, y el cuarto el muro posterior de la hacienda.

En sus diarias excursiones con el arco, iba á un sitio protegido por la sombra de corpulentos árboles que formaban una alameda circular entre el rio y el jardín. Allí al menos podía estar sola sin correr ningun peligro, pues el jardín estaba rodeado por una corriente ancha y profunda y por altas paredes difíciles de escalar.

La obediencia al mandato paternal y la resignacion con que habia renunciado á sus paseos, era laudable y argüian una inocencia y una virtud ejemplares. Así la juzgaba al menos el cariñoso padre, que solo por conjeturas podía apreciar el carácter de su hija. En otros países ó en otra clase de sociedad se la hubiera interrogado directamente exigiendo contestaciones categóricas; pero no se observa este método en el Mississipi, en donde un hijo de diez años ó una hija menor de quince se rebelaban contra semejante fiscalizacion, tachándola de inquisitorial.

Woadley Poindexter que nunca hubiera faltado á los estatutos de la autoridad paternal, porque estaba acostumbrado á ese orgulloso acatamiento que con frecuencia halaga, cuando no aniquila los mas puros afectos del corazon, estaba muy satisfecho de la obediencia de su hija, y se recogijaba de verta entretenida en el jardín contra las avecillas que tenian la desgracia de ponérsele á tiro; pero si la hubiera seguido para observarla, hubiera visto que sus inclinaciones no eran tan crueles como el pensaba; y que en vez de disparar su arma contra los pájaros, se entretenia en poner papeles en la punta de sus flechas, dirigiéndolas de modo que fuesen á caer en una espesura que habia en la orilla opuesta del rio, y que despues de algunos momentos, la flecha volvia al jardín con el mismo papel ú otro parecido.

«El amor se rie de los cerrojos.» Este adágio apenas es aplicable en Téjas donde no los hay. Pero como dice otro proverbio inglés «Cuando hay voluntad se encuentran medios», y nunca se con firmó tanto este como en el cruzamiento de las flechas sobre el Leona. Luisa tenia voluntad y Mauricio habia indicado el medio.

XXXI.

No podia durar mucho tiempo la correspondencia sagitaria; pobres amantes son los que se satisfacen de diálogos sostenidos á distancia. Los corazones apasionados deben latir juntos para sentir mutuamente sus palpitaciones. Ni Mauricio ni Luisa podian ser una excepcion de la regla; necesitaban comunicarse sus pensamientos en las silenciosas horas de la noche; dos veces se habian hallado en aquella arboleda y otras tantas cambiaron sus juramentos de amor á la pálida luz de la luna, pero necesitaban otra entrevista y la concertaron.

—Si alguien me viera, murmuraba en voz baja; pero no es probable que haya nadie por aquí. ¡Por San Patricio! si solo me comprometiera yo.... Pero no hay mas remedio que arriesgarse; no debo hacerla esperar.

Así diciendo avanza ligeramente por el espacio descuberto, toma un camino que le conduce á un punto de la orilla, precisamente frente al lugar en donde está amarrado un esqueife bajo la sombra de un gigantesco algodonero.

Embárcase en el ligero bote, arma los remos, y en un instante se traslada al otro lado: vuelve á amarrarle; salta en tierra, y sin vacilar se dirige á la sombra de un corpulento árbol, donde espera una señal ó la presencia de una persona conocida.

Cualquiera que hubiera observado aquellas maniobras, podia tomarle por un ladron que pretendia robar en la casa de la Curva, pero al oír las frases que murmuraban sus labios, se habrian desvanecido las sospechas. Es cierto que algo deseaba de aquella casa; pero no era plata ni oro; era la criolla, la joya mas apreciada de aquella mansion.

XXXII.

No tuvo que esperar mucho tiempo Mauricio; en el mismo instante que desembarcaba, abrióse lentamente una ventana que habia á espaldas de la casa de la Curva, y quedó entornada un momento, como si la persona que estaba dentro, antes de salir, quisiese asegurarse de que no habia moros en la costa.

Una pequeña y blanca mano adornada con sortijas indicaba que la persona pertenecia al bello sexo. Un momento despues vióse en la escalinata la majestuosa y elegante figura de Luisa Poindexter que bajando ligeramente, deslizase como una sílfide por entre las estatuas y matorrales, hasta llegar á la sombra del algodonero donde la estrechan los brazos que la esperaban.

Imposible seria describir aquel abrazo. ¿Quién es capaz de espresar las deliciosas emociones que los dos jóvenes debian sentir en aquel momento? Solo despues de repetidos juramentos de amor los amantes pudieron hablar con mas calma.

—¿Volverás mañana por la noche, Mauricio? pregunta la criolla.

—Mañana y siempre, si pudiera prometerlo.

—¿Y porqué no puedes prometerlo?

—Porque al rayar el dia debo marchar al Alamo.

—¿Debes ver allí alguna persona?

—A Felim. Supongo que el pobre estará ya inquieto; le envié hace diez dias, antes de que circularan noticias de la guerra con los indios.

—¿Piensas permanecer allí mucho tiempo?

—Solo un dia ó dos; el necesario para recoger mis efectos y despedirme de la vida de las praderas.

—¿Cómo!

—Es muy sencillo; todo se reduce á una resolucio que he adoptado, y creo que me perdonarás cuando te la dé á conocer.

—¡Perdonarte! ¿Porqué pides perdon, Mauricio?

—Por haber tenido un secreto para tí. Yo.... no soy lo que parezco.

—No quiera Dios que seas mas que lo que me pareces á mí. ¡Mauricio, no sabes cuánto te amo!

—No mas de lo que te amo yo á tí; esto es lo que me aconseja una separacion.

—¿Una separacion?

—Sí, amor mio; pero espero que será muy breve.

—¿Cuánto tiempo?

—El que tarde un vapor en cruzar el Atlántico y volver. Me llaman á Irlanda, mi país natal. Aun no hace veinte y cuatro horas que he recibido el aviso; y obedezco con tanta mayor presteza, porque algo me dice que pronto volveré para probar á tu padre que el pobre cazador de caballos que conquistó el corazón de su hija..... porque es mio, ¿no es verdad Luisa?

—Bien sabes, no solo que le has conquistado, sino sometido á una esclavitud de que nunca podrá librarse.

Durante el estrecho abrazo que siguió á estas palabras, reinó un profundo silencio. El grillo que saltaba entre la yerba y el pájaro burlon oculto entre el follaje, callaron. Aquella suspensión debíase al ruido de recatados pasos en la arena del jardín, que los amantes absortos en sus caricias, no oyeron, ni vieron á un hombre, que deslizándose en la sombra, llegó á colocarse tan cerca, que podía observar todos sus movimientos y oír los apasionados besos que se prodigaban.

Aquel hombre oculto detrás del tronco de un árbol como un ladrón, era Casio Calhoun.

XXXIII.

Como su tío, suponía Calhoun que Luisa no llevaba á mal quedarse en casa, y se regocijaba de ello, porque él había aconsejado á Poindexter que no la dejase salir. Ignoraba cual era la causa que inducía á la criolla á entretenerse con su arco en el jardín; y hasta llegó á lisonjearse de que su indiferencia era fingida, puesto que le trataba con menos dureza, lo cual le causaba una grata impresión imaginándose que sus celos eran infundados.

No tenía pruebas positivas de que Mauricio fuese correspondido, y como pasaban los días sin motivos de inquietud, llegó á creer que no existían. Tranquilo con esta idea subió al terrado; y aunque era ya media noche, la indiferencia con que fumaba parecía indicar que no le había traído allí ningún determinado objeto.

Entregado á una dulce beatitud en aquel momento, con los brazos apoyados en el parapeto, mira el río, y sin que turbe su tranquilidad en lo mas mínimo, un ginete que saliendo del chaparral avanza por la llanura de la orilla opuesta.

Sabe que allí hay un camino, y aquel individuo puede ser un viajero que aprovecha la frescura de la noche para hacer su jornada. De día hubiera podido reconocerle, pero á la luz de la luna solo vió un hombre y un caballo. Casio le siguió con la vista con la misma indiferencia con que hubiera mirado un tronco arrastrado por la corriente: únicamente empezó á interesarle en sus maniobras cuando estuvo próximo á la orilla.

—¿Qué diablos significa eso? murmura Casio tirando la punta del cigarro. Ha desmontado y viene directamente hácia aquí, á un paso que indica que conoce muy bien el camino. ¿Qué intención tendrá ese pobre diablo? Será algun ladrón.

Esta fué la primera idea de Calhoun; pero pronto la reformó. No era posible que un hombre fuese á robar frutas con aquel aparato.

La extraña maniobra de dejar el caballo y adelantar con tanta cautela, indicaba que se dirigía á la casa de la Curva con mala intención. ¿Cuál podía ser? Durante algunos momentos ya no le vió desde la azotea; la espesura en donde había penetrado le ocultaban á los ojos del ex-capitan.

—¿Qué puede buscar ese hombre?

Al dirigirse por décima vez esta pregunta, oyó un rumor parecido al de un cuerpo al caer al agua.

—¡Alguien baja! murmura Calhoun despues de escuchar un instante. ¿Habrás sido capaz de apoderarse del bote? ¿Qué diablos busca?

No es el ánimo de Calhoun permanecer en la azotea para averiguarlo; su intención es avisar silenciosamente á todos los de la casa y apoderarse del intruso. Cuando se aleja del sitio donde se hallaba percibe otro rumor que le induce á apoyarse otra vez en el parapeto; era el rechinar de una ventana al girar sobre sus goznes; y se oía precisamente debajo del sitio ocupado por el observador.

Al inclinarse Casio para mirar, ve una cosa que le hace afluir la sangre al corazón. La ventana que acababa de abrirse era la de Luisa; la criolla es aba en la escalera del jardín mirando á todos lados cual si vacilase en bajar. Una rápida reflexión de Calhoun pone en relación la presencia de la prima con la del hombre que acababa de cruzar el río, el cual no podía ser otro que Mauricio. No cabía la menor duda de que aquello era una cita, y lo confirmaba al ver á la criolla bajar rápidamente y desaparecer entre los árboles.

El ex-capitan quedó paralizado cual si acabara de recibir un golpe contundente, y solo se decide á obrar cuando ha desaparecido la blanca figura y percibe el murmullo de las voces.

Ya no piensa en turbar el reposo de los de la casa; prefiere

ser antes testigo de la deshonra de su prima y despues.....

El estado de su ánimo no le permite trazar ningún plan; parecióle que sus piernas flaqueaban, pero mucho más al presenciar la escena que llenó su alma de desesperación. Oyó los juramentos de amor y pudo ver aquel abrazo final que estremeció todas las fibras de su corazón.

Apesar de la horrible sensación que le dominaba, alguna cosa le retrajo de vengarse en el acto. Apenas hubo visto el abrazo final, volvió hácia la casa dejando á los amantes en la ignorancia de que se les observaba, para que terminasen su dulce entrevista muy ajenos del desenlace que iba á tener.

XXXIV.

Cásio Calhoun dirigióse á la habitación de su primo, que disfrutaba en aquellos momentos, de ese apacible sueño propio de una conciencia tranquila.

—¡Despierta, Enrique! exclama Casio sacudiendo brusca- mente el brazo de su primo.

—¿Eres tú Casio? Supongo que no vienen los indios.....

—¡Peor que eso! ¡Pronto! Levántate y verás; date prisa y presenciarás tu deshonra y la de tu familia.

Despues de estas palabras, un Poindexter no debía tener sueño; el jóven representante de la familia saltó de la cama y se adelantó hasta el centro de la habitación, mirando con asombro á su primo.

—No esperes divertirme, dice Calhoun; ponte el pantalon. ¡Pronto, pronto!

En menos de diez segundos Enrique se pone su traje diario, y sigue á Casio á través del jardín, aunque sin saber para qué le ha llamado.

—¿Pero qué ocurre, Casio? pregunta al ver que su primo se detiene. ¿Qué significa eso?

—¡Ponte junto á mí, mira tú mismo! ¿No ves algo entre los árboles del sitio donde está amarrado el esquife?

—Sí, algo blanco; parece un vestido de mujer. ¿Lo es en efecto?

—Sí, de una mujer. ¿Te figuras quién puede ser?

—No. ¿Lo sabes tú?

—Hay además otra figura á su lado.

—Me parece un hombre.

—No te equivocas. ¿No supones quién es?

—¿Cómo he de adivinarlo? ¿Le conoces tú?

—Sí. El hombre es Mauricio el cazador.

—¿Y la mujer?

—*Es Luisa.....tu hermana.....en sus brazos!*

Como si un rayo hubiese caído á sus pies el jóven retrocede, y adelántase despues por el sendero.

—¡Espera! exclamó Casio cogiéndole del brazo; no tienes armas y aquel hombre las lleva.

—Toma esto y esto, añade, entregándole su cuchillo y su revolver. ¡Adelante y cuidado con tocarla á ella! Tan pronto como se hallen separados dispárale sin darle aviso; alójale una bala en el vientre y si errases los seis tiros sírvete del cuchillo. Yo estaré allí para defenderte. ¡Adelante pues y envía á ese hombre al infierno!

No era necesario excitar á Enrique para que obrase; seis segundos despues se hallaba al lado de su hermana y frente del supuesto seductor.

—¡Atrás villano! exclama. ¡Retírate Luisa y déjame matar á ese hombre! ¡Pronto retírate!

Si se hubiese obedecido aquella orden probablemente Mauricio hubiera dejado de existir, á menos que hubiera tenido corazón para matar á Enrique, lo cual habria sido fácil dada su habilidad en el manejo del revolver. Pero en vez de empuñar su arma, solo parece deseoso de desprenderse de los brazos de Luisa. Enrique no puede hacer fuego sin esponerse á matar á su hermana; esta pausa produce una crisis favorable para la salvación de los tres. Luisa penetrándose al punto de la situación deja en libertad á Mauricio y se abraza con su hermano.

—¡Vete, vete! grita á Mauricio mientras hace esfuerzos para contener al enfurecido jóven; á mi hermano le han engañado las apariencias, déjame explicarle el hecho.

—Enrique Poindexter, dice Mauricio al volverse para obedecer la cariñosa intimación. No soy un villano como me habeis llamado; dentro de seis meses os probaré que vuestra hermana ha formado una opinion mas exacta de mi carácter que vuestro padre, vuestro primo y vos. Si dentro del plazo que os pido no me muestro digno de vuestra confianza y de su amor, consiento en que me mateis como á un cobarde coyote. Hasta entonces me despido de vos.

Los esfuerzos de Enrique para desasirse de los brazos de su hermana, son mas débiles al oír estas palabras, y cesan del todo cuando el rumor producido por un cuerpo al caer al agua, anuncia que el cazador vuelve á las praderas elegidas para su domicilio.

—¡Hermano, le has ofendido! exclama Luisa despues de marcharse Mauricio. ¡Si supieras cuán noble es! Lejos de in-

tentar faltarme, me estaba dando á conocer su plan....para evitar el escándalo....digo mal para hacerme feliz.

—¡Luisa, díme la verdad! por lo que he visto esta noche amas á ese hombre; díme ¿ha osado aprovecharse de tu desgraciada pasión?

—¡No, nó, nó! Lo juro por mi vida, es demasiado noble.... ¡Enrique, es inocente! Si alguien es digno de censura soy yo. ¿Porqué le has insultado?

—¿Yo?

—Sí Enrique, le has faltado groseramente.

—Si hablas en verdad voy á darle ahora mismo una satisfacción; siempre me inspiró simpatías y no podía creerle capaz de una villanía. Retírate á tu habitación y voy al punto á casa de Mauricio donde espero encontrarle. No podré descansar hasta darle cumplida satisfacción.

Así habla el pundonoroso Enrique conduciendo á su hermana, poseído de un sentimiento de compasión, al volver á la hacienda.

Apenas han penetrado en ella, un hombre que estaba agachado en la espesura se levanta y se dirige á la escalera del jardín.

Era Cásio Calhoun que también pensaba ir en busca del cazador de caballos.

XXXV.

Calhoun se reprochaba su cobardía por no haber asesinado á Mauricio cuando podía hacerlo impunemente, y de haber confiado su venganza á Enrique.

—¿Habría con formalidad, murmuraba Calhoun, cuando decía que iba á dar una satisfacción al hombre que había puesto á su hermana en ridículo? Sería una buena broma si no fuese demasia lo sería para recibirse. ¡Calle! ahora saca el caballo. ¡Vive Dios que no me engañaba!

La puerta de la cuadra que daba al patio se abrió para dar paso á un hombre que llevaba de la brida un caballo ensillado; á pesar de su ancho sombrero de Panamá y del capote que cubría sus espaldas, Cásio reconoció á Enrique.

—Tonto! exclamó apenas el jóven llega al alcance de su voz; dame el cuchillo y la pistola que de nada sirven en tus delicadas manos. ¿Por qué no las usaste como te dije? Todo lo has echado á perder.

—Ya lo sé, contesta tranquilamente Enrique; he insultado á un jóven de noble corazón.

—¿De noble corazón! Tú estás loco.

—Lo habría estado si hubiese seguido tus consejos; afortunadamente no fui tan lejos. He hecho lo bastante para que se me trate peor que á un loco y espero obtener el perdón de mi falta.

—¿A dónde vas?

—En busca de Mauricio para rogarle que me dispense mi falta.

Y sin añadir una palabra mas el jóven monta ligeramente y se aleja á buen paso.

Calhoun permanece inmóvil en el zaguán hasta que se extingue el ruido de los pasos del caballo. Después como dominado por un repentino impulso corre á su habitación y vuelve á salir de ella vestido con una levita ordinaria; encaminase á la cuadra, ensilla su caballo, lo saca á fuera sin hacer ruido monta y se aleja rápidamente.

En el espacio de una milla sigue el mismo camino que Enrique, pero después se dirige al río, recoge las riendas, observa con atención el chaparral y toma el sendero que conduce á la corriente.

—Aun queda un recurso, murmura Cásio, aunque no tan barato como el otro pues me costará mil duros: si ese hombre es fiel á su promesa tomará el camino de su casa mañana á primera hora; aun queda tiempo para que el Cayote le tome la delantera.

Al terminar Cásio sus reflexiones llega á la puerta de la choza del cazador mejicano; deslízase de la silla, ata su caballo á una rama y se adelanta hasta el umbral de la puerta abierta de par en par: en el interior se oían fuertes ronquidos. Sin embargo el que los producía no debía disfrutar un sueño tranquilo, porque á intervalos producía una especie de gruñido acompañado de juramentos y maldiciones que daba á comprender que habría tragado una gran cantidad de alcohol.

—Este bruto está borracho, exclama Calhoun.

—¡Hola, caballero! grita el dueño del jacalé cual si despertara de un sueño al oír la voz de un hombre. ¿Quién llama? ¿Quién viene.... ¡Mil diablos! ¿Quién sois?

Incorporándose á me lias el borracho en su lecho de cañas mira con extraviados ojos al que le ha turbado el sueño; pero después de balbucear palabras ininteligibles, vuelve á quedarse dormido.

—¡Otra ocasión perdida! excama Calhoun alejándose del jacalé con disgusto. ¡Un tonto y un borracho! ¡Vaya un par de auxiliares para realizar un proyecto como el mío!

Así diciendo coge las riendas de su caballo y apoyado en la silla parece reflexionar, cual si dudase sobre lo que debía hacer.

—Es inútil esperarle aquí, murmura, amanecerá antes que se despejen los vapores de la cabeza de ese borracho. Tanto vale volver á la hacienda y esperarle allí: ó si no.... si no....

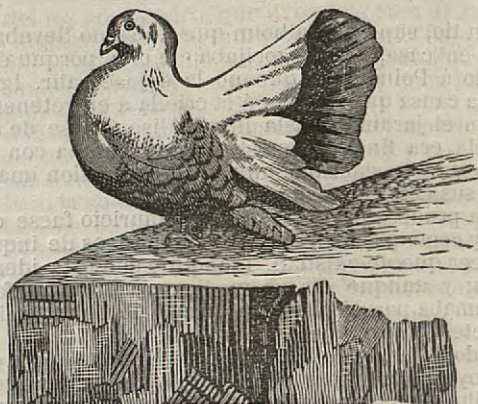
Sin acabar de expresar su pensamiento desata el caballo monta y alejándose del jacalé vá en dirección opuesta de la que antes seguía.

¿Qué nuevo proyecto de venganza anima al ex-capitan de voluntarios? ¿Triunfará al fin? eso es lo que veremos en la segunda parte de nuestro libro.

ANUNCIOS.

TRATADO COMPLETO
SOBRE LA CRIA DE LOS PALOMOS,

POR D. FRANCISCO DE ASIS DARDER Y LLIMONA.



Obra ilustrada con profusion de finísimos grabados, sumamente curiosa, útil é interesante para los aficionados á la cria de aquellas aves.

Véndese al precio de 4 rs. ejemplar en la Administración de este periódico, calle de Mendizábal, núm. 20, 2.º.—Horas de oficina, de 2 á 4.

HIDROFOBIA.—Su definición, sinonimia, etiología, contagio, tratamiento, anatomía patológica, policía sanitaria y rabia muda. por D. Francisco de A. Darder y Llimona, Profesor veterinario de 1.ª clase. Subdelegado de sanidad veterinaria. Socio corresponsal de la Sociedad Argentina de Aclimatación. Sócio de número de la Academia veterinaria de la provincia de Barcelona y de varias sociedades protectoras de animales y plantas de España. Fundador del periódico *El Zookeryx*, Director y Propietario de la REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA.

Se vende al precio de 4 reales ejemplar.

TRATADO DE EQUITACION por F. Baucher, traducido y anotado de la décima tercera edición por don Juan Marlin, Profesor de equitación del Circuito Ecuestre de Barcelona, Picador honorario de las Reales caballerizas de S. M. el Rey D. Alfonso XII. y Redactor de la REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA.

Véndese al precio de 16 reales ejemplar.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA,

ESCRITA POR

NOTABILIDADES CIENTÍFICAS, LITERARIAS,
ARTÍSTICAS É INDUSTRIALES.

Bases de la publicación.—La BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA constará de unos 150 tomos para cada sección, y se publicará uno por semana, conteniendo cada tomo unas 256 páginas.

Precios de suscripción.—Tomando mas de un tomo, á 4 reales uno. Los tomos sueltos, 6 reales.—Se suscribe en la Administración de la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA, calle del Doctor Fourquet, núm. 7, Madrid, y en las principales librerías.